

sen mutilados y arrastrados por las calles ó entregados á las bestias ó á las llamas.

Era forzoso que se cazaran uno á uno de en medio de multitud de gente armada, que estrechándose ú ondulando los llevaba de aquí para allá, separándoles, cogiéndoles de forma que aún queriendo no pudieran hacer uso de las armas, y hasta que uno pudiese recibir una cuchillada sin que los otros lo advirtieran siquiera. Era preciso, sin embargo, fiarse de aquella turba insensata, persuadirla, suplicarle, rogarle, pues toda amenaza hubiera resultado vana, ya que no exasperando las iras, hubiese provocado una disputa y hecho derramar sangre de nuevo; lo cual por lo demás, no era raro que sucediese. De esta manera, nada ménos, fueron salvadas muchas vidas, evitado que se derramara mucha sangre, y se impidieron muchos actos de brutal ferocidad, especialmente en los pueblos en que no eran sospechosos de envenenamiento los soldados, ó en los días en que no lo eran tanto.

Valga un ejemplo por todos.

En Bocca de Falco, pequeño pueblo inmediato á Palermo, estalló el cólera. Corría en boca de todos, los nombres de aquellos sobre los cuales recaían las terribles sospechas, y se esperaba cualquier ocasion para inmolarles. Entre estos, había un pobre comerciante en mercería al por menor, que cada dos ó tres días, atravesaba el

pueblo para ir á Palermo. Tenía el pelo largo, un vestir raro, mirada fiera, maneras ásperas y pocas palabras: esto servía ya de claro indicio para creerlo esparcidor de veneno. Un día en que el cólera había recrudecido más de lo ordinario en aquel pueblo, algunas turbas de mendigos armados de picos y garrotes, daban vueltas por el pueblo lanzando gritos de amenaza, fieramente resueltos á acabar con los envenenadores.

Una de aquellas turbas encontró al comerciante, lo rodeó, sin que él lo advirtiese, y le preguntaron:

—¿Á cuántos has despachado hoy?

El desventurado comprendió y creyó salvarse con una broma.

—Diez—respondió sin reirse.

Bastó. Uno de la turba le dió tremendo golpe en el fardo de hilos y cintas que llevaba al hombro y le arrojó por el suelo todo lo que llevaba, diciéndole:

—Esto por de pronto. Ahora, veamos con qué asesinas á la gente.

—¿Yo?—repuso para su desgracia no siendo dueño de refrenar un ímpetu de indignacion.—¡Vosotros sois los que me asesináis!

—¡Ah! ¿Somos nosotros?—prorumpió la muchedumbre enfurecida.

Y en el mismo momento un puñetazo vigoroso en la barba, le llenó de sangre la boca; una mano

le apretaba la garganta, otra le agarraba por los cabellos; sobre toda su persona caía verdadero diluvio de puñetazos y pedradas, y era arrojado tan violentamente contra la pared, que de la nuca le bajaba un hilo de sangre.

— ¡Confiesa á los cómplices, asesino! — gritaban los primeros hincándole las uñas en las mejillas y en el cuello y apretando las rodillas y los bastones contra su vientre. — ¡Confiesa!

Y los que estaban fuera tendían sus brazos para cogerlo, se abalanzaban aquí y allá para abrirse hueco entre la turba, y llegar junto á él, á fin de inferirle, aunque sólo fuera una herida.

El infeliz arrojaba sangre por la boca y los oídos, sus ojos parecían quererle saltar de las órbitas, un ronquido mortal se escapaba de su pecho: horrorizaba.

— ¡Confiesa, confiesa!

De repente, del otro lado de la calle, se oyó agudísimo grito; era otro envenenador, que nueva turba de insensatos, había distinguido y perseguía; todos se volvieron hácia aquel lado; el comerciante en hilos, viéndose un instante libre, arrojó de un empujon á dos tres que estaban junto á él, se arrojó á una puerta y la cerró tras sí.

La muchedumbre, advirtiendo la huida, se arrojó sobre la puerta, golpeándola rabiosamente con piedras y con los pinchos. El comerciante se había refugiado en un cuartucho bajo; allí

dentro había una mujer que presenciara la escena poco ántes, desde la ventana; al aparecer el envenenador se dió por difunta; el coraje y la rabia de la desesperacion la invadieron; lanzóse sobre él, como negra furia, se le agarró al cuello, y empezó una lucha feroz de mordiscos y arañazos.

Caidos á tierra ámbos se revolcaban por el suelo como dos bestias, tenazmente abrazados, uno sobre otro, por turno, mezclando sus alientos y su sangre; la muchedumbre metía los brazos dentro del cuarto á traves de los hierros de la ventana; y tendía convulsivamente sus manos para apoderarse de la víctima, murmurando horribles palabras, y la puerta empezaba ya á crujir y á ceder...

— ¡Los soldados! ¡Los soldados! — gritaron en aquel punto muchas voces. Un instante despues, el pobre mercader, oyó acercarse por la calle confuso de rumor de pasos, vió brillar á la parte exterior de la ventana las bayonetas, sintió sonar una voz poderosa, dominando el tumulto, que decía: — ¡Pan para todos! — y poco despues los golpes á la puerta se apaciguaron y cesaron, los brazos de sus enemigos retiráronse de la reja, y á los gritos airados de la muchedumbre, sucedió sordo murmullo. La mujer había quedado en tierra sin fuerzas: el comerciante estaba salvado.

El comandante del destacamento, había sido

avisado á tiempo de lo que sucedía en el pueblo, reunió enérgico y en un instante sus soldados, hizo al punto tomar su pan á cada uno y había corrido á acallar el tumulto, con la doble arma de la amenaza y de la caridad. De los soldados, en aquel pueblo, no solamente no se sospechaba, sino que estaban bien mirados y áun amados por las limosnas y los socorros de todas clases que repartían siempre con largueza á todo el mundo; así es que, á su aparicion, la muchedumbre depuso su violencia y poco á poco se tranquilizó. Una parte de los soldados entró en la casa y se puso de guardia, los otros se quedaron mirando á aquellos pobres hambrientos que devoraban los pedazos de pan en silencio. ¡Oh, cuántos actos de esta índole se sucedieron y cuántas veces se repitieron en el mismo pueblo!

\* \* \*

Pero la fatiga más dura y el oficio que naturalmente más repugnaba á los soldados era el de enterrar á los muertos; para el cual se requería que se armasen más que nunca de valor y fortaleza. Muchas veces, en el corazón de la noche, llegaba al cuartel un ugiere del municipio á decir que, en tal punto, en tal casa del pueblo, se ha-

bían descubierto cadáveres que nadie quería enterrar y que era preciso proveer con presteza ántes que la putrefaccion hiciera imposible la sepultura.

El fragoroso redoble del tambor, despertaba en un instante á todo el cuerpo, se reunía una compañía de soldados, se encendían las linternas, se sacaban los carros, se tomaban los picos y las palas, el oficial del piquete se ponía á la cabeza del convoy y andando.

Llegábase silenciosamente al sitio indicado: la calle estaba solitaria, las casas abandonadas y cerradas. Despues de larga fatiga la puerta destruida venía al suelo y un hálito de hedor insupportable hacía cejar á los soldados. ¡Valor! Uno delante con la linterna; los otros detrás á paso lento, con la mano sobre la boca volviendo temerosamente una mirada por la escuálida estancia. Extendidos en tierra sobre montones de paja ó de harapos, semidesnudos ó mal cubiertos en inmundo monton yacían los cadáveres, uno al lado de otro, ó uno sobre otro confusamente mezclados; las caras tumefactas, manchadas de negro, corriendo de su boca sanguinolenta baba; el vientre hinchado, salpicado de manchas vinosas y cruzado por verdes cintas, de los intestinos y de las venas; en contorsion los miembros por la parte que tocaba con el suelo; toda traza humana desfigurada ó perdida, y aquí y allá por los

órganos más corrompidos, la primera manifestación de los restos del asqueroso vientre.

Y era forzoso acercarse á aquellos horribles yacimientos, y tomar y escoger los unos de entre los otros, aquellos miembros; levantar, uno á uno, aquellos cuerpos, transportarlos á los carros, viendoles á cada sacudida y á cada paso, descomponerse y transfigurarse más horriblemente, y dejar caer, aquí y allá, bien un fétido andrajo, bien cualquier otra más sucia traza de sí.

¡Oh! Aquello era cosa bien distinta que ver á los muertos sobre el campo, extendidos en un lago de sangre, heridos por la metralla, ó derribados y mutilados por las balas de cañón.

Entónces se escucha alrededor el grito de mil compañeros, se ven serpentear aquí y allá por colinas y campos, los batallones cuyas bayonetas relucen á los rayos del sol, se mira ondear al lado la bandera del regimiento, se siente á lo léjos el rumor de las baterías que corren, y la sangre bulle, el ánimo se exalta, y los cadáveres que se encuentran por el camino, no se cuentan ¿qué digo? no se miran, no se ven, no se piensa siquiera que deba haberlos, ó si los ojos se fijan, el corazón exclama:—¡Adios, hermano!—y nada más; despues se echa adelante y ya no se vuelve á pensar en ello.

Pero allí, en aquellos tabucos, de noche, en medio de aquel silencio, en aquella quietud, á la

luz de aquellas linternas, ¡cuán horrible debía ser la imágen de la muerte! ¡Cuántos de aquellos soldados, áun de los más fuertes, habrán tenido presente despues, y por muchos días, la imágen de aquellos cadáveres deformes, ó habrán creído sentir el contacto de aquellos miembros, helados y flojos ó rígidos, y el rumor de aquellas cabezas al chocar pesadamente en el fondo del carro!

A veces, alguno retrocedería horrorizado á la vista de los muertos, ó en el acto de cogerlos, le temblarían los brazos, y volviendo sus ojos:— ¡Amigo mío!—habrá dicho al vecino— ¡yo no puedo!—Pero sonaba siempre pronta la voz del oficial:— ¡Valor, muchacho! ¡Todo consiste en coger el primero! ¡Es preciso acostumbrarse á ello!—Y entónces el soldado extendería su mano tímidamente, sobre el cadáver, torciendo la cabeza y conteniendo el aliento.

El convoy se encaminaba hácia el cementerio. Cuando llegaban, los soldados dejaban las linternas en el suelo, y unos empezaban á abrir la fosa, miéntras otros, de pié junto al carro, esperaban una seña, para echar abajo los muertos.

El oficial estaba inmóvil á orilla del hoyo, inspeccionando el trabajo de los soldados. Todos callaban. No se sentía más que el clavarse del pico en el suelo, y el caer de la tierra arrojada por las palas. Y de vez en cuando una voz:— ¡Animo, muchachos!—Y despues se sacaban los

cadáveres de los carros; un soldado alumbraba, para que cada cual pudiera ver donde metía la mano, otro, de pié sobre el carro, ayudaba á los de abajo, á tomar cuerpo á cuerpo del monton y decía:—Tomad este.—Este otro.—Cuidado con este que está medio deshecho...—Diez pasos más allá no se hubiera percibido sino un leve murmullo, y de vez en cuando, una voz más fuerte:—¡Valor!—ó—¡Cuidado!—Y todo alrededor tinieblas y silencio.

—Pero, por qué—preguntó una vez un soldado, miéntras entraba en el cuartel—¿por qué los hemos de enterrar nosotros?

—¡Toma!—le contestó un cabo, con acento de profunda conviccion—porque no los entierran los demás.—A razon de tanto peso, no había nada que objetar y los dos se callaron.

Mas todo lo dicho hasta el presente, no es sino tortas y pan y pintado, relativamente á lo que queda por decir. ¡Cuántos casos más funestos y más deplorables acaecieron, y cuán apartado estaría del fin de mi narracion, si quisiera dar cuenta, siquiera de la mitad de los que yo conozco, y no conozco sino pequeña parte!

En Sutera, pueblecillo de la provincia de Caltanissetta, había un peloton del regimiento 54 de infantería, mandado por el subteniente Eduardo Cangiano. La mañana del 22 de Junio, llegó al cuartel un campesino, ansioso, y se presentó al oficial.

—¡Oh, señor oficial!—exclamó con voz suplicante:—Venga por caridad y socórralos... Aquí cerca, en Campofranco, se ha declarado el cólera; la mitad de la gente ha huido; las calles están llenas de muertos; no tienen médicos, no tienen enterradores, no tienen siquiera que comer... ¡hay una desolacion... que el que no muera del cólera, morirá de seguro de hambre! ¡Oh vaya allí, vaya pronto allí!

Inmediatamente, el peloton en armas, un aviso al alcalde, un despacho al comandante militar de Caltanissetta, una advertencia al sargento que queda en el pueblo con algun soldado, y despues andando á paso ligero en direccion á Campofranco. Había que recorrer una milla de camino ó poco más, por un sendero que serpenteaba á través de los campos. Brillaba un sol ardentísimo. Los soldados, chorreándoles el sudor, desde que salieron del pueblo, caminaban uno al lado de otro, en larga fila, con un andar entre el paso y la carrera, y los oidos atentos á la relacion del campesino, el cual, con interrumpidas palabras explicaba á Cangiano el triste espectáculo que le ofrecería el pueblo.—¡Animo!—le contestaba éste, de vez en cuando,—con lamentos no se hace nada, ahora es tiempo de obrar. Y siempre apretando más el paso, y con los soldados, tanto que acabaron por correr resueltamente.

A ciertas distancias se empezaron á ver, de

léjos, hombres, mujeres y muchachos, corriendo desatinadamente por el campo, haciéndose señas unos á otros, señalando á los soldados; y detenerse, huir, correr adelante y atrás, reunirse y dispersarse, como gente perseguida y fuera de sí por el miedo.

A medida que el peloton se aproximaba al villorrio, los fugitivos escaparon, la agitacion y la gritería crecieron; familias enteras, corrían por la campiña llevando, ó arrastrando tras sí, sus ajuares; algunos que habían puesto la ropa en tierra para descansar, á la vista de los soldados, la recogían de prisa y se alejaban volviéndose atrás con miedo; unos caían y otros se levantaban; muchos de los más alejados, volviéndose hácia los soldados, lanzaban gritos agudos y levantaban los brazos en actitud de maldecir.

—¡ Ah, señor oficial!—dijo el campesino.— ¡ Esto no es nada todavía!

—No importa:—respondía Cangiano—estamos preparados á todo.

Apercibieron la primer casa del pueblo, á la embocadura de la primera calle. La gente que venía huyendo, á la aparicion de los soldados, apenas divisados, parte, volvieron la espalda y corrieron al pueblo lanzando espantosos gritos como si anunciassen un asalto de enemigos; parte, se desparramaron á derecha é izquierda por los campos. A la primera entrada de la calle, había

dos cadáveres extendidos en tierra ante la puerta de una casa deshabitada.

Apénas entrados, un rápido desaparecer de gentes en las casas, un cerrarse impetuoso de puertas y ventanas, gritos agudos de mujeres, llanto de niños, y en el fondo de la calle, un rápido reunirse y mezclarse rumoroso de pueblo; despues, una fuga general fué el recibimiento.

—¡ Pronto!—gritó Cañgiano.—Diez soldados que den vuelta al pueblo y vayan á detener aquella gente.—Diez soldados se separaron del peloton y tomaron corriendo una calle lateral. Los otros continuaron adelante. La gente atemorizada, continuaba encerrándose con furia en las casas.

—¡ No queremos hacer daño á nadie!—gritó Cangiano en alta voz.—¡ Hemos venido á ayudaros, somos vuestros amigos; salid, buena gente, salid de casa!

Esta puerta ó aquella ventana comenzaron á abrirse; alguna persona, á espaldas de los soldados empezó á salir; en el interior de las casas se oían voces débiles de lamento; en la calle, delante de las puertas, yacían postrados muchos infelices, extenuados de hambre, ó presas del cólera, inmóviles y rígidos que parecían cadáveres; aquí y allá, muebles del hogar doméstico, abandonados en la huida, á las puertas ó en medio de las calles y á cada paso, paja esparcida ó montones de harapos. En cada callejuela late-

ral, que salía al campo, uno, dos ó más difuntos, cuál cubierto de paja, cuál de tierra, cuál de andrajos entre los que aparecían los miembros rígidos y negruzcos; otros echados, á través de las puertas, mitad dentro y mitad fuera de las casas.

—¡Mirad, señor oficial, mirad!—exclamaba lamentablemente el campesino.

—A todo proveeremos—contestaba Cangiano.  
—¡Valor!

En aquel punto, la muchedumbre de fugitivos, que había sido rechazada hácia dentro por aquellos diez soldados, venía tumultuosamente hácia el oficial.

—¡Formaos!—gritó este volviéndose á los soldados, que se detuvieron y formaron á través de la calle. Cangiano esperó á la turba á pié firme. Esta se detuvo delante á unos diez pasos, cesó de gritar, se puso á mirar con ojos fieros á los soldados: Era toda pobre gente harapienta, caras pálidas y huesudas, ojos extraviados, fisonomías á las que el largo padecimiento había dado una expresión como de mortal abatimiento y al mismo tiempo de fiera salvaje.

—¡Queremos salir!—gritó una voz en medio de la muchedumbre. Y todas repitieron el grito y se movió la turba.

—¿Para qué quereis salir?—preguntó Cangiano con voz resuelta, mas atemperada de tal cual

dulzura.—Es preciso quedarse; es preciso ayudarse unos á otros; á la desgracia comun, es preciso acudir en comun; es mucho peor pensar cada uno solamente para sí, y nada para todos... ¡Nosotros hemos venido á socorreros!

—¡Queremos salir!—repitió amenazadoramente la muchedumbre; y empujando los de detrás, los de delante fueron arrojados á dos ó tres pasos.

—¡Atrás!—dijo con gran calma Cangiano, y despues en alta voz:—Escuchad mi consejo: las mujeres y los niños, métanse en casa; los hombres, quédense para ayudar á los soldados á enterrar los muertos.

—¡Nosotros no queremos morirnos!—repuso imperiosamente la multitud, y levantando un rumor confuso de gritos, se apretó y movióse otra vez para tomar carrera y arrojarse contra los soldados.

—¿Lo quereis?—dijo entónces el oficial.—¡Sea!—Y volviéndose atrás, gritó:—¡Preparen!—El peloton levantó y apuntó los fusiles en actitud de disparar, y la turba, arrojando un grito de espanto, desapareció por las calles laterales. Los otros diez soldados se reunieron á los primeros.

—Esto requiere firmeza y valor,—exclamó Cangiano; es preciso enterrar pronto á los muertos; la mitad de vosotros vaya al campo y me conduzca aquí, por la fuerza á cuantos hombres pueda; los otros vengán conmigo.—La mitad del

peloton, dirigióse á rápidos pasos fuera del pueblo. Los otros empezaron á correr aquí y allá, á entrár en las casas, á registrar por todas partes en busca de picos, de palas, de carretas, de bancos, de todo aquello que pudiera de cualquier modo servir para transportar los muertos fuera del pueblo. En pocos minutos encontraron algunas cosas servibles para el objeto, y unos empezaron á recoger los cadáveres, otros, llegando al vecino cementerio se pusieron á cavar las fosas con gran prisa, y otros por fin, se dedicaron á desembarazar las calles de lo más incómodo y de las cosas más fétidas.

En tanto Cangiano seguido de un soldado, iba en busca de una casa que pudiera fácilmente convertirse en hospital, deteniendo á cuanta gente del pueblo encontraba por la calle, aconsejándola, exhortándola, rogándola, y al paso metía prisa á los soldados, daba órdenes, consejos y repartía afectuosas palabras.

Encontró la casa, la hizo limpiar, hizo llevar las camas de las moradas abandonadas, fué él mismo con cuatro soldados á llamar á las puertas de todos los zaquizamís, á pedir que le dejaran llevarse á los enfermos, que él los haría asistir, curar, y sus familias recibirían socorros. Respondían que no; les ofrecía dinero; rogaba, amenazaba: todo era inútil. Entónces los soldados entraban á la fuerza en la casa; dos de ellos se apo-

deraban del enfermo, los otros dos, con las armas detenían afuera á los parientes y vecinos. A menudo, era preciso levantar del suelo á las mujeres que impedían el acceso con sus propios cuerpos; era preciso luchar.

Tras larga fatiga, buen número de enfermos estaban ya alojados en el nuevo hospital y dos ó tres soldados proveían á sus necesidades, esperando la llegada de socorros de Caltanissetta, cuando volvió al pueblo la otra mitad del peloton, trayendo á viva fuerza multitud de campesinos que había arrestado por la campiña. Corrió á su encuentro Cangiano, lo dividió en varios grupos y les hizo acompañar á diversos trabajos.

Los soldados, nuevamente reunidos, empezaron á trabajar tambien; en poco tiempo, los cadáveres que había por la calle fueron sepultados; las calles limpias y curiosas; se continuó yendo á domicilio á recoger los muertos, y, poco á poco, ora con la persuasion, ora con la fuerza, se consiguió reunir en el hospital, la mayor parte; por todos lados había un vaiven, un afanarse, un continuo atarearse de soldados. El pueblo que comenzaba á reunirse, empezaba á mirar de léjos entre sospechoso y maravillado; la gente, esparcida por el campo, se iba acercando poco á poco al pueblo para ver lo que sucedía.

Los primeros que llegaron, no viendo cadáveres por las calles, tomaban ánimo y se internaban



en el pueblo; muchos empezaron espontáneamente á limpiar la calle de cuanto le quedaba de inmundo; otros á entrar de nuevo en las casas; algunos á reunirse alrededor de Cangiano, mirándole atónitos, sin decir palabra, detenidos todavía por un resto de desconfianza, pero con el ánimo preparado á dar las gracias y á rogar.

Y Cangiano, aunque, no dejaba de correr de aquí allá para animar á los soldados, se volvía de vez en cuando á la gente que le seguía:

—Id á ayudar á aquellos pobres jóvenes que tanto tiempo trabajan por vosotros; id á llamar á la gente que ha huido por el campo; hagamos todos alguna cosa; pongamos un poco de orden en el pueblo; el alcalde volverá; también volverán los señores y os socorrerán; volverán los panaderos, vendrán los médicos; pronto llegarán socorros de Caltanissetta; valor ¡ea! trabajemos todos; todos los males tienen remedio y este también le tendrá. Hemos venido aquí para vuestro bien, persuadíos, buena gente. ¿Qué es lo que teméis de los soldados? ¿No somos todos del mismo país, no somos hermanos vuestros, y vuestros defensores?

A estas palabras seguía un murmullo de aprobación en la muchedumbre; alguno se separó y corrió en ayuda de los soldados; otros se dirigieron hácia la campiña; muchos se esparcieron por

las calles; los restantes rodearon al oficial con lamentos y súplicas.

—¡Estamos sin pan! ¡Tenemos hambre!

Lo sé, buena gente, lo sé; todavía un poco de paciencia y llegará el pan; haré todo lo que pueda por vosotros; mandaré á mis soldados á Sutura para traerlos de comer; os daremos todo lo que tenemos. Pero en tanto es preciso trabajar, es necesario llevarse á los muertos, curar á los enfermos, ayudarse entre todos.—Entonces la gente daba gracias, despues comenzaba de nuevo á rogar, á lamentarse y á pedir pan.

Pero despues llegó un soldado y habló al oído de Cangiano. ¡Una más dura prueba de caridad y de fortaleza quedaba por hacer! Cangiano advirtió prudentemente que debía hacerse alguna cosa oculta á la poblacion; ordenó á los presentes ir á esperar los socorros á la entrada del camino de Caltanissetta, llamó á quince soldados con fusiles, hizo marchar delante á veinte campesinos con los picos, y se marchó con ellos á un extremo del lugar. Allí había una pequeña iglesia abandonada. Se detuvieron delante de la puerta; la empujaron: estaba cerrada. La derribaron, y dieron un paso adelante, lanzando un grito de espanto. En medio de aquella iglesia, poco más ancha que una sala ordinaria, había un monton de veinte cadáveres putrefactos.

—¡Adelante!—gritó el oficial.—Los soldados

penetraron dentro de la iglesia; los campesinos se quedaron fuera.

—¡Adelante!—gritó otra vez Cangiano. No se movieron. Él dió un paso adelante; ellos se dieron á la fuga; los soldados se echaron sobre todos, y los pillaron en un momento y los aferraron.

—¡Traedme aquí á esos poltrones!—gritaba desde la puerta Cangiano. Los soldados, los condujeron con grande trabajo cogidos por los brazos, echándoles adelante á empujones y amenazándoles con las armas. Pero en el momento de entrar, éstos empezaron á resistir con mayor fuerza, apoyándose en los piés como caballos asustados, moviéndose y rugiendo desesperadamente, como si les quisiera llevar al suplicio.

—¡Calen bayonetas!—gritó desdeñosamente el oficial, cogiéndoles uno á uno y arrojándoles en medio de la iglesia; los soldados desnudaron las bayonetas y las levantaron en actitud de herir.

—¡Adelante, perezosos!

—¡Quereis hacernos morir!—gritaron los campesinos.

—¡Moriremos todos!—respondían valientemente los soldados.—Pero es forzoso entrar.

Y con un extremo esfuerzo los empujaron adentro y entraron los veinte. Allí comenzó un horrible trabajo. Los cadáveres se encontraban en estado de completa descomposicion; eran todos un monton sin forma, que no podía siquiera le-

vantarse de tierra. Fué preciso romper los bancos de la iglesia; colocar dos tablas debajo de cada muerto, y cogiéndolas por los extremos, levantar así el fétido peso, con los brazos extendidos y vuelta la cara á un lado, porque el aspecto de aquellos cuerpos era tal, que no podía resistirlo la mirada.

A cada sacudida que recibían, salía de las orejas y de la boca y se esparramaba por aquellas caras verdosa espuma, y las negras carnes de los brazos y de las piernas caídas, parecía que se querían hundir en los huesos y disolverse. Cangiano envió á cuatro soldados para recoger leña en las pocas casas abandonadas que había allí cerca. Pero no encontrando otra cosa, tomaron mesas, sillas, puertas, todo cuanto podía arder, y lo amontonaron todo en medio de un campo poco apartado de aquella iglesia. Los cadáveres fueron uno á uno llevados fuera y arrojados sobre aquel monton. Se aplicó fuego y todo ardió. En Campofranco ya no quedaba un cadáver. Entre sepultados y quemados, se habían quitado de en medio más de sesenta.

Cuando hubo visto las primeras llamas, Cangiano tornó al centro del pueblo, donde volvió á tomar y prosiguió la santa obra de ántes, hasta que llegó de Caltanissetta un capitán de plaza, con buena provision de alimentos, de médicos y de dinero, y con aquél recorrió casa por casa,

todo Campofranco, ayudando á los pobres, socorriendo á los enfermos, serenando á los medrosos, infundiendo en todos los ánimos un poco de esperanza y de calma. En breve tiempo volvieron todos los fugitivos, se reorganizó el municipio, cada cual tomó su ocupacion y sus costumbres habituales, el pueblo cambió de aspecto, y Cangiano y sus soldados volvieron á Sutura, acompañados de las bendiciones de todos.

Todavía en Sutura hacía estragos el cólera, y aún allí hizo Cangiano verdaderos milagros de caridad y de valor. El 11 de Agosto, la junta municipal de la ciudad, lo aclamó unánimemente benemérito del pueblo y le expresó la gratitud de la clase media con una carta, llena de entusiasmo y de afecto. ¡Pueda siquiera esta pobre página hacer que en el corazon de muchos, como en el mío, sea amado y respetado su nombre!

\*  
\*  
\*

Recordemos algun otro hecho y algun otro nombre.

El subteniente Livio Vivaldi, mandaba un destacamento del regimiento 54 en Palacio Adriano. Apareció allí el cólera. Desapareció el alcalde, huyeron los médicos, los farmacéuticos, los cu-

ras; no quedaron más que los pobres. Vivaldi hacía de todo y proveía á todo. De día visitaba á los enfermos, abría las sepulturas, hacía limpiar y desinfectar el pueblo; de noche perseguía á los malhechores que merodeaban por el campo. Entre otras ocasiones, la tarde del 10 de Julio, mientras estaba distribuyendo pan, en una casa de pobres, le anunciaron que á poca distancia del pueblo se había reunido una cuadrilla de malhechores. Corrió al cuartel, llevó consigo diez soldados, salieron al campo, sorprendió á la cuadrilla, la atacó, fué herido, continuó combatiendo, la puso en fuga, excepto al jefe, detuvo á los demás, volvió al pueblo y á la mañana siguiente empezó de nuevo su oficio de médico y de limosnero.

En Gangi, provincia de Términi, apareció el cólera hácia la mitad de Junio. La mitad de la poblacion huyó. Los que quedaban, ocultaban los muertos y se encerraron en las casas por miedo de ser envenenados. En la noche del 26 al 27, los más osados se armaron y empezaron á recorrer el pueblo disparando á ciegas sus fusiles, sobre las ventanas, sobre las puertas y sobre todos los que encontraban. Acudieron los cazadores desde Petralia Sottana, dieron caza durante toda la noche á los amotinados que se dispersaban y se reunían incesantemente, hasta que apaciguado el tumulto, entraron á la fuerza en las casas, saca-

ron trece cadáveres insepultos, y los enterraron por sus propias manos, amenazada su vida de continuo por la multitud rabiosa.

Habíase declarado el cólera en Menfi. El pueblo carecía de médicos, de medicinas, de dinero, de pan. Veinticuatro cadáveres yacían insepultos hacía cuarenta y ocho horas. Era inminente una rebelion. Fué advertido el general Medicis por despacho telegráfico. El destacamento de Sciacca, recibió inmediatamente órden de trasladarse á Menfi. Veinticuatro horas despues, el general recibía este telegrama :—« Llegado el destacamento.—Sepultados los muertos. Órden restablecido. Medicinas y víveres distribuidos. Provéese á la administracion municipal.»

En Grammichele, habiendo ocurrido dos casos de cólera, el pueblo sospechó envenenamientos; se armó, atacó á los guardias civiles, mató á uno, á otro le hirió mortalmente; el tercero se vió obligado á encerrarse en el cuartel y allí le tuvieron asediado toda una noche, probando á derribar la puerta y precipitarse á asesinarlo. Acudieron de Caltagirone cuarenta soldados del 9.º regimiento de infantería, mandados por el subteniente Goi. A su primer aparicion la banda armada se dispersó; pero envalentonados por el pequeño número de soldados, se reunieron, salieron á su encuentro, les insultaron, les amenazaron, gritando que querían registrar las mo-

chilas y apoderarse del veneno que había dentro. La turba era en número diez veces mayor que los soldados; hubiera acaecido un estrago; fué un destacamento á buscar socorros á Caltagirone; llegaron con gran prisa nuevos soldados y todos á una, despues de ruda fatiga, consiguieron rescatar quince guardias nacionales, con los cuales patrullaron toda la noche por el pueblo y el campo, á cada momento amenazados ó atacados.. Finalmente consiguieron restablecer la calma.

Los sediciosos habían fijado en una casa del pueblo, una proclama, que empezaba así: «¡Valor! ¡Valor, compañeros! No desistais de vuestros propósitos; no seais cobardes. Vengadores del honor de la patria, ¿temereis acaso á un puñado de soldados? Vencedlos y ponedlos en fuga. ¡A tierra la vil y oprobiosa trama del Gobierno! Rechazad y romped los vasos de veneno que vuestros superiores, infames ejecutores del fúnebre decreto Real, acercan osadamente á vuestros labios.»

Palabras textuales.

En Longobucco, provincia de Rossano, murió de cólera hácia fin de Julio, un tal José Citini. La plebe le creyó muerto de veneno, asaltó armada la casa del alcalde, invadió la de Citini y la saqueó, robó la del farmacéutico Felicetti, y destruyó la farmacia, tocó á somaten la campana,

recorrieron furiosamente las calles la noche entera gritando que querían matar á todos los propietarios y á todos los empleados públicos. Por la mañana trataron de penetrar en el cuartel de los cazadores, y buscaron de nuevo al alcalde para asesinarlo. Y lo hubieran asesinado si no hubiese acudido á tiempo el mariscal de la guardia civil, el furriel Allisio y el sargento Cenderini de cazadores, los cuales se arrojaron valerosamente en medio de la muchedumbre, y consiguieron hacerla desistir del inicuo propósito, é impidieron el incendio de varias casas, y el asesinato de muchos ciudadanos. Y así consiguieron poner un poco de paz en el pueblo hasta la mañana del siguiente día, cuando llegó una compañía del batallón 45 de cazadores, mandada por el capitán Hipólito Viola, y dispersó á la muchedumbre que empezaba de nuevo á sublevarse.

Pero los más furibundos se encerraron precipitadamente en las casas, y fusilaron desde las ventanas á los cazadores, dos de los cuales fueron heridos, y en poco estuvo que no fuera muerto el veterinario citado. Entonces los soldados, enardecidos por aquella obstinada resistencia, derribaron las puertas de las casas, se arrojaron dentro, sorprendieron á los rebeldes con las armas en la mano... y ¡perdonaron sus vidas!... Y así terminó la sedición de Longobucco, en la cual hay que advertir la particularidad, de que las mayo-

res maldades fueron cometidas por las mujeres.

En Ardore, municipio de Geraci, había seis guardias civiles y 24 soldados del 68 regimiento de infantería, mandados por el subteniente Gazzone. En la mañana del 4 de Setiembre, el pueblo se armó y marchó fuera de la ciudad al grito de « ¡Muerte á los envenenadores! » Cuando se reunieron en número suficiente entraron nuevamente en el pueblo.

Gazzone, fiando en la simpatía que el pueblo le había demostrado en más de una ocasión, salió benignamente al encuentro de la multitud, y probó á apaciguarla con buenas palabras. Le respondieron con dos balas en el pecho, que le derribaron en tierra cadáver. No diré lo que hicieron de su cadáver, por no amontonar horrores sobre horrores. Los soldados atacados separadamente, impotentes para resistir, apenas tuvieron tiempo para llegar al cuartel de los guardias civiles, en el cual, desde la mañana, se habían refugiado tres familias de apellido Lo Schiavo, á las cuales la población, teniéndolas por envenenadores, había incendiado la casa. Inmensa muchedumbre se apiñó delante del cuartel, y pidió con espantosos gritos que fueran entregados á sus manos los envenenadores. El cabeza de aquellas familias, el viejo Lo Schiavo, tuvo el valor de asomarse á una ventana, y desde allí con las manos juntas, llorando y sollozando hasta partir el co-

razon, suplicó á la turba de perdonar, al menós la vida de las mujeres y los niños.

Le contestaron que todos serían degollados. El pobre padre, asaltado de un ímpetu de desesperacion, disparó un tiro de pistola á la calle. Fué la señal del asalto. La multitud lanzando un largo rugido de furor salvaje, se precipitó sobre la puerta, y empezó á arrojar una lluvia de balas y de piedras sobre las ventanas. Los soldados desde dentro se defendian á tiros. La lucha duró más de una hora. Finalmente, viendo que eran vanos sus esfuerzos, el pueblo prendió fuego al cuartel.

¡Escena horrible! Ya las llamas envolvian todo el edificio y socavados los muros, caian aquí y allá en el interior de las habitaciones, y el aire se enrarecia y los techos temblaban; por fuera silbidos y gritos feroces de alegría, por dentro lamentos desesperados de mujeres y niños; siete soldados y Lo Schiavo estaban por el suelo bañados en sangre.

En aquel extremo, el cabo Albani, decidió tentar el único camino de salvacion que quedaba; reunió en estrecho grupo las tres familias, ordenó á sus escasos soldados tomar á hombros á los heridos, y primero uno y despues los otros detrás, abierta violentamente una puerta, y caladas las bayonetas, se precipitaron con la cabeza baja entre la muchedumbre.

Esta, impuesta por aquella increíble audacia, cedió el paso; pero apenas habian pasado, disparan los fusiles y hieren de muerte á muchos individuos de la familia desventurada; los otros se salvaron, parte en las casas, parte en los campos; los soldados no pudieron reunirse. Dos dias despues llegaron á Ardore tres compañías de infantería de Gerace, de Monteleon y de Reggio, y restablecieron la calma. El capitán Onesti, del cuerpo de Estado Mayor, que se encargó por algun tiempo de la administracion municipal, el mayor Gastaldini que mandaba las fuerzas militares de Ardore y sus alrededores, y Broglia, médico de batallon, se condujeron de tal modo, que, en verdad, yo no sé como podrán dignamente ser alabados.

No hablo de los soldados, que ahí como en todas partes, se sacrificaron en bien del país, con un celo infatigable y una piedad religiosa.

Y basten estos hechos, porque no está en mi ánimo escribir una historia.

\*  
\*  
\*

No importa que yo diga cómo se condujeron los comandantes de los cuerpos y de las divisiones por todo el tiempo que duró el cólera, porque

las poblaciones, los ayuntamientos y la imprenta, han hecho en muchas ocasiones el más extenso testimonio, y la loa más espléndida. Pero entre tantos nombres queridos al ejército y á los pueblos, hay uno que no puede pasarse en silencio, aun cuando todo lector le sobrentienda, y ya antes de ahora, con un movimiento espontáneo del corazón haya adivinado todo lo que quiero decir de él: el general Medicis.

Aquello que hizo al principio para impedir la propagación del cólera, y para preservar al menos á la tropa, se ha dicho. Es fácil imaginar lo que hizo despues. Dia y noche pensativo y atareado, á cada momento el anuncio de nuevas desventuras, una noticia de nuevos tumultos y consultas repentinas, órdenes, providencias, partidas improvisadas, y un dar y recibir continuo de despachos y de cartas de todos lados. Se trasladaba ahora á un pueblo, despues á otro para cerciorarse de que la autoridad militar llenaba su cometido y visitaba los cuarteles, las prisiones, los hospitales y las casas de convalecencia.

Fué notable, entre otras, la visita á Messina, donde perdió á un distinguido oficial de su estado mayor, el valiente y buen capitán Tito Tabacchi, y aquella otra en los días en que más crudo era el cólera, á Terrasini, donde entró en las casas de los pobres á llevar socorros y consuelo, é hizo improvisar hospitales, y reunió enfermeros, y tan-

ta fe inspiró en los ánimos con obras y palabras y con la firme serenidad de su presencia, que dejó cambiado el pueblo.

Activo, dadivoso, caritativo siempre; pero en los hospitales, á la cabecera de los enfermos, de corazón divino. En los dos hospitales militares de Palermo, Sexta Casa y Santa Agueda, iba todas las semanas y los visitaba diligentemente en todas sus dependencias, preguntando por todo, examinándolo todo, aconsejando é infundiendo valor á los médicos, á los enfermeros y á los enfermos, con la solicitud de un padre. Fué memorable la visita del 15 de Agosto cuando más estragos causaba el cólera. Dirigióse al hospital con muchos oficiales de su estado mayor.

Era esperado por los médicos al pié de la escalera del primer piso. Al aparecer, los enfermeros se ordenaron en dos largas filas junto á las camas; algunos enfermos, la mayor parte gravísimos, volvieron la cabeza hácia la puerta.

El general se acercó á la primera cama, todos los demás en semicírculo á su alrededor, á su lado el médico director. El enfermo estaba grave, tenía el rostro cadavérico, los ojos hundidos é inyectados en sangre, los labios negros y la respiración afanosa é interrumpida por profundos hipos. No estaba en sí. Al acercarse toda aquella gente, levantó los ojos á la cara del general, y mantuvo la mirada fija y sin expresión. El doctor